

un trabajo de obligada lectura que ejercerá como referente insoslayable para los próximos años, algo que se refuerza si atendemos al considerable impacto que ha generado desde su lanzamiento.

Miguel Alonso Ibarra
UNED

Natalia NÚÑEZ BARGUEÑO

Fe, modernidad y política. Los Congresos Eucarísticos Internacionales. Madrid, 1911-Barcelona 1952

Granada, Comares, 2024, 408 pp.

Los Congresos Eucarísticos Internacionales se convirtieron en todo un símbolo de los cambios en el catolicismo, en la religión institucional pero también en la religiosidad popular, a lo largo del siglo XX. Expresión de la movilización de las masas y su ocupación del espacio público urbano en la época de las grandes manifestaciones políticas. Escenario de la adaptación del ritual y su estetización, elementos consustanciales al catolicismo, a las transformaciones tecnológicas de la modernidad y su potencial para la *propaganda fide* en la época de las grandes exposiciones universales. Momento de encuentro de fieles de diversas nacionalidades y que hablaban lenguas diferentes, en la plasmación orgánica de una comunidad transnacional imaginada. Además de un acontecimiento mundano y un escaparate privilegiado ante el mundo, instrumentalizado, como no podía ser menos, por los respectivos gobiernos y objeto de disputa en la política nacional.

En 1911 se celebró en Madrid tras la resaca de la Semana Trágica barcelonesa y la reacción internacional a la ejecución de Ferrer i Guardia, en medio de la polémica entre clericales y anticlericales por la llamada «ley del candado». En 1952 en Barcelona en una encrucijada de la dictadura de Franco, que salía del aislamiento diplomático para incorporarse al campo occidental de la Guerra Fría, en plena guerra de Corea y los juicios de Praga, y con unas negociaciones muy avanzadas para la firma del Concordato con la Santa Sede,

que tendría lugar dieciséis meses después. En aquella Barcelona «roja» y «separatista» que acababa de ver cómo una sociedad civil desmochada por la represión volvía a movilizarse con la «huelga de los tranvías» del año anterior, aunque también contemplaba la incorporación de gran parte de su burguesía a los aparatos políticos, económicos y burocráticos de una dictadura en rápida evolución hacia una modernidad autoritaria.

De todo ello habla este libro, pero también del contenido intraeclesial y religioso de ambos congresos, analizando sus sesiones de estudio y los encuentros paralelos, aunando perspectivas que van desde la antropología y la sociología a la historia de la religión. Enfoques que proporcionan una interpretación mucho más compleja de lo que, a primera vista, parecería aportar el conocimiento de las celebraciones de un Congreso Eucarístico Internacional. Es verdad que, en algunas ocasiones, las digresiones son excesivas y el libro se pierde algo en su exceso de información, quedando un poco diluidas sus tesis fundamentales, aunque al final se retoman en las conclusiones. La implicación de Alfonso XIII y la casa real en las celebraciones de 1911, que adelantaban el momento *clou* de la consagración de España al Sagrado Corazón siete años después.

La creciente europeización y modernización del catolicismo español, con la fundación de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ACNP) del padre Ayala y un joven Ángel Herrera Oria, compatible con un conservadurismo sociopolítico que se radicalizaba en una coyuntura internacional marcada por la política anticlerical de la nueva república portuguesa o la revolución mexicana, a pesar de la política mediadora del gobierno Canalejas. Estas son algunas de las claves de la historia del congreso madrileño, así como la incipiente participación de mujeres, a diferencia de lo que ocurriría cuarenta años después en Barcelona, y de los jóvenes militantes en esta nueva «cruzada» por la reconquista cristiana de la sociedad.

El Congreso Eucarístico Internacional celebrado en Barcelona en 1952 bajo el lema de «La

Eucaristía y la Paz» —que remitía tanto a la batalla cultural de la Guerra Fría, frente a las campañas por la paz del movimiento comunista internacional, como a la supuesta «paz» de Franco— representó, quizás como ningún otro acontecimiento, el esplendor del nacionalcatolicismo en la década bisagra de los años cincuenta. El régimen lo utilizó de escaparate de su nueva normalidad ante el mundo, venciendo algunas resistencias, por ejemplo, de los católicos franceses, pero con un apoyo internacional que dejaba como un sufrido recuerdo el encuentro de Pax Romana de Madrid y El Escorial en 1946. Y para conseguirlo se volcó con una inversión muy considerable para la época —más de setenta millones de pesetas— y con gestos como abolir la cartilla de racionamiento vigente desde 1939, aunque tuviera que importar un cargamento de trigo de Uruguay para elaborar las formas que iban a repartirse en comunión entre el más de un millón de personas participantes. Como recordaría años después Manuel Vázquez Montalbán, este hecho, junto a la escenografía de la ordenación sacerdotal de casi ochocientos seminaristas en el estadio de Montjuïc, haría que pronto fuera conocido popularmente como «la Olimpiada de la Hostia».

El mensaje de la paz se entrecruzó con el constante recuerdo a la victoria y a la «persecución» religiosa durante el «terror rojo», mientras la verdadera posición de la dictadura ante los llamamientos a la reconciliación quedaba en evidencia con el indulto parcial, mezquino y humillante, concedido con motivo del congreso. Porque la entrada triunfal de Franco o la comunión del nuevo gobierno en pleno dejaban muy claro, pese a ciertas reticencias vaticanas, la simbiosis, si no la plena identificación, entre el César y los representantes de Dios en la tierra. No faltaron los avisos, estudiados con detalle por la autora, de algunas pequeñas grietas —lo que Feliciano Montero llamó en su momento «autocríticas» del catolicismo— que en ningún momento llegaron a amenazar el gran edificio nacionalcatólico, por lo menos hasta el giro que supuso el papado de Juan XXIII y el Concilio Vaticano II.

Lo que sí tendría un amplio futuro por delante era la nueva modernidad tecnocrática y autoritaria que anunciaban los fastos eucarísticos. El altar con una cruz gigante diseñado para la ocasión por Josep Soteras, arquitecto municipal del alcalde José María de Porcioles y autor no solo del Barrio del Congreso, uno de los primeros intentos oficiales de afrontar la gravísima crisis de vivienda provocada por la inmigración, sino también del Camp Nou. El uso de las modernas tecnologías en la iluminación, la megafonía o la retransmisión de los actos. La rápida mutación del peregrino en turista, con toda su parafernalia de *souvenirs* religiosos, tarjetas postales, medallas, carteles o guías. Todo ello anunciaba el futuro éxito de la Barcelona del turismo de masas y las olimpiadas (como han estudiado, desde otras perspectivas, autoras como Olivia Muñoz-Rojas o Dacia Viejo-Rose).

Este excelente trabajo de Natalia Núñez Bargueño, fruto de su tesis doctoral, demuestra tanto la madurez de su trayectoria investigadora, que desarrolla en la actualidad en la Universidad de Lovaina, como el desarrollo alcanzado por la historia religiosa en España en las dos últimas décadas. Y que cuenta entre sus logros más recientes la fundación de la Asociación Española de Historia Religiosa Contemporánea (<https://www.aehrc.es>), de la que es vicepresidenta, precisamente, la autora.

Javier Muñoz Soro
Universidad Complutense de Madrid